

gos, que aquellos masones preexistentes fueron los padres de los tales escritos, no fueron los escritos los padres, maestros, consejeros, inspiradores, ni cosa que lo valga, de aquellos masones. De todos modos ya estos eran talluditos y campaban por su respeto, antes de la época en que nuestros modernistas mandaron empollar el huevo, del que poco á poco, al cabo de años mil, cerca de un siglo, la masonería rompiese el cascarón y saliese á la espléndida luz del mundo.

Vamos, que nuestros hombres se figurarian que se habían quemado todas las bibliotecas y archivos de Europa, y que nadie había tenido antes, ni tendría en lo sucesivo, la humorada de consultar monumentos históricos.

2ª Confirmación.—“La conformidad de las tendencias masónicas con las de la época y del país en que nació la sociedad.” Pero si ya se había anticipado como apóstol de malas doctrinas, el aventurero cabalista Agripa von Nettesheim, de Colonia; si ya había planteado en París y difundido por toda Francia, Alemania, Inglaterra é Italia sus sociedades secretas; aquel Agripa, desterrado de Dole por el odio de los frailes, fallecido en 1535, ojo á la fecha, en olor de santidad masónica, distinguido con mención honorífica en el *Diccionario de Masones* de Gœdike. Si ya el famoso apóstata Ochino en 1546, nótese la data, paseaba triunfalmente por Inglaterra la incredulidad sociniana, y el socianismo en breve infestaba cual asquerosa lepra casi todo el continente europeo, habiendo muerto Fausto Socino en 1604. Si ya á mediados del siglo XVI, los gremios de constructores se hallaban convertidos en verdaderas logias masónicas atestadas de gente forastera y compenetradas del espíritu anticristiano, sin esperar á que naciesen un siglo cabal más tarde los pretendidos fundadores de fabricación moderna [1].

(1) P. Deschamps, en los pasajes citados.

Lo dicho, á los modernistas les trastrocó los papeles con malicioso escamoteo, haciéndoles trabucar nombres y fechas, algún émulo de sus glorias; ó les propinó algún bebedizo para que perdiesen los memoriales, y se olvidasen de tantas noticias como ya corrían por el mundo, cuando ellos tomaron la pluma; ó bien algún diablillo, envidioso de sus talentos, les sopló aire de vanidad en las cabezas, y con esto se lisonjearon malamente, que á semejanza del conquistador, *ante quien muda se postró la tierra*, con presentarse ellos y lanzar al espacio su celebrado grito, *con la historia en la mano*, todos humillarían la frente y acatarían aquel mandato y enseñanza pecho por tierra. Mas no contaron con la huésped, y esta huésped era el P. Deschamps, el Ilmo. Sr. Fava, Benoit, etc., etc., fuera de los anteriores, y de aquí su colosal derrota.

Aquí yace una valiente opinión. R. I. P.

Por enterrada, digo, nosotros la damos, mientras no se levanten nuevos paladines á resucitarla con razones y con fuerzas nuevas. No faltan, sin embargo, algunos ciegos secuaces suyos entre nuestros contemporáneos, que á prueba de desengaños y vencimientos, todavía la sueñan viva y nada ven bueno, si no es ella. Se les apunta, por ejemplo, el origen templario. ¡Já! ¡jál responden ¿quién no se rie? Se les hace notar que bien podrían haber sido los socinianos Leyenda, replican, y nada más que leyenda. Se les recuerdan ciertas páginas notables del abate Larudan (1), que refieren no sé qué de la fundación de la masonería en tiempos de Cromwell, ó mejor, de su participación en las hazañas del Protector. ¡Hermosa alegoría! contestan: ¿qué era el Cromwell del abate Larudan sino la voz de las logias francesas en 1766? Todo lo desdeñan, fuera de

(2) Los franc-maçons écrasés.

su opinión, ni probada, ni discutida, ni siquiera estudiada por ellos.

Desdén con desdén se paga. Allá ellos, los fatuos: siempre fué más cómodo negar porque sí la opinión contraria, que sustentar la propia.

Acabábamos de escribir las precedentes líneas, cuando llega á nuestras manos el tomo V del *Dictionnaire de Théologie* de Bergier-Le Noir, y en él un artículo *Françmaçonnerie*, suscrito por el último. Muy extendido está el Diccionario de Bergier, y el abate Le Noir se ha dado á conocer por varias publicaciones: no nos es lícito pasar por alto algunas notables inexactitudes contenidas en el artículo. Como el señor Le Noir prohija la relación de un M. Schrödle, que transcribe, al primero enderezamos nuestras observaciones.

El autor echa á broma como otros, todos los orígenes de la masonería superiores al siglo XVIII, sin distinción alguna entre ellos, á carga cerrada. Para hablarle en su lengua, le diré: *rira bien qui rira le dernier*. Haga armas primero, trato con un sacerdote formal y ameritado, contra el P. N. Deschamps, contra los Ilmos. Ketteler, Deschamps y Fava, contra un Barruel, contra un Maupied, Bresciani, Henrion, Saint-Albin, Gyr, Gautrelet, Benoit, etc. y después de haber postrado por el suelo y hecho trizas á estos nenes, cante el himno triunfal, proclámese el *champion* y riase á mandíbula batiente.

“Qué no se descubre el lazo de unión entre la pretendida masonería antigua y la moderna.” Sírvase echar una mirada al catálogo de analogías, que á la vuelta de pocas hojas insertamos, entre la masonería antigua llamada socianismo, y la actual y vigente, ó bien pase los ojos por la *Franc-maçonnerie* de Mr. Benoit, tomo 2º, páginas 13-92, y le henchiremos las medidas. Si se reclama la cadena no interrumpida de la historia masó-

nica con datos materialmente sensibles y tangibles, oiga vd. una propuesta: presénteme la historia de la masonería, por menorizada sin solución de continuidad, con datos sensibles y tangibles, desde el año 1717 hasta la fecha, y á fe de buen español le prometo algo de bueno. Que á la publicación de su Diccionario no había escrito Mr. Benoit. Pero habían escrito tantos otros. . . . De ahí las prevenciones contra ciertos Diccionarios, no contra el de vd., sino contra ciertos repertorios, colecciones é historias en grande de nuevo cuño: hoy todo se hace á la carrera, y quien corre pasa lijero; se escribe á vuela pluma y ¡á la prensa! y otro libro, y otro para el monstruo, y todos escribimos. ¡Qué peste de talentos! ¡qué fecundidad y precocidad de ingenios!

“Que la masonería no vino al mundo hasta 1717 con los consabidos estatutos.” ¿Prueba? ninguna. *Quod gratis asseritur, gratis rejicitur*: hablo con quien sabe latín. Repase la contestación dada á los modernistas.

“Que la filiación de la masonería no significa nada; hecho material que en nada atañe al espíritu de la asociación.” Seguramente el abate Le Noir estará en ayunas de la opuesta conducta de escritores masones y profanos sobre el particular. Algunos de los primeros enérgicamente se sublevaron contra la antigüedad de la secta, á causa del *cachet* de impiedad é infamia con que deshonra á la orden la tal filiación; y los profanos sostenedores de aquella antigüedad, en la misma filiación hacen hincapié para demostrar *a priori* la naturaleza maligna de la secta. ¿Se va enterando Mr. Le Noir?

Esmaltan el artículo otras especies que le dejan á uno con la boca abierta, y que por el momento saltamos por no corresponder á este lugar. Sin embargo, vaya una de tantas, propia exclusiva del abate Le Noir. Escribiendo en el año de 1874,

enuncia que "hasta hace veinticinco años por primera vez," "jamás en ninguna logia," [estas palabras las puso antes: subrayamos, porque este *jamás* vale un Perú], *jamás* la masonería se había declarado atea; ni por duda [como quien dice, ni por chanza] hasta que Proudhon vomitó en plena logia: ¡Guerra á Dios." Es decir, que para el autor la masonería *jamás* se declaró atea hasta el año 1849, son los veinticinco quitados de 1874, ni cuando solemnizó aquella ostentosa fiesta del ateísmo en la recepción de Voltaire, por ejemplo: ni en la época de los hh. Helvecio, Diderot, Freret, Condorcet, Holbach, etc., etc. A seguida pone de relieve "la brutalidad franca y esforzada de Proudhon, que no deja de asemejarse á su manera á la del cristiano de los primeros siglos, que ante el altar de Júpiter hubiese gritado [millares de veces lo gritaron] á los paganos del César: Vuestro Júpiter es Satanás! guerra á Satanás!" En primer lugar, la paridad es falsa de pies á cabeza, entre otras cosas, porque harto se sabía aquel capitán de bandidos, que nadie le había de tocar un pelo de la ropa, antes ganaría coronas: en segundo lugar, por acá no gastamos tanta cortesía con los desorejados blasfemos, para ensalzar su "brutalidad franca y valerosa, semejante á la de los mártires de Jesucristo."

Suponemos que los demás artículos del señor abate estarán escritos con mayor pulso.

Filosofando sobre esta lijereza imperdonable en escritores, no solamente probos como quiera, sino hasta católicos á todo serlo, no atinamos con otra razón para explicarla más que aquel resabio de criticismo, más arriba analizado y censurado, que se empeña en inspeccionarlo todo con los ojos y palparlo con las manos, que tiene por mengua de la razón aceptar cualquier hecho que se aparte de las comunes vías y escape á los vulgares

procedimientos de la crítica; aquel prurito, inveterado en ciertos sujetos de ilustración y generalizado en las grandes masas más ó menos cultas de la sociedad moderna, de asimilar y medir por el mismo rasero la masonería, la secta anticristiana y antisocial cien veces en lo antiguo y en lo moderno condenada por la Iglesia, y un club, una sociedad política cualquiera, por maligna y perniciosa que sea; de reclamar sin excepción alguna, con injusticia manifiesta, para la explicación de fenómenos ó sucesos del orden natural, comprobantes sensibles y tangibles, físicos ó históricos, aun cuando se imposibiliten por la singular naturaleza de sucesos y objetos, aun cuando existan otras pruebas racionales, otros argumentos bien fundados, otras fuentes seguras y criterios para llegar á la posesión de la verdad, á la realidad misma de las cosas.

De este achaque adolecen gravemente, á nuestro modo de ver, los patrocinadores del origen moderno de la masonería. Por esto lo defienden; porque á su entender es el único que tiene base sólida en la historia, tal como ellos la conciben ó fantasean, el único que puede sustentarse con documentos históricos; como si ni con todos sus documentos y datos individuales les fuese fácil, tengo para mí que ni posible, seguir sin solución de continuidad el hilo de la *génesis* ó generación masonónica desde el año 1607, clavo de bronce de su genealogía, su generación exacta, despejada, libre de toda mezcla y perturbación; como si con todós los decantados monumentos históricos, y á pesar de las ventajas inmensas de vecindad de tiempos, mayor publicidad, facilidad y rapidez de comunicaciones, copia asombrosa de recursos de todo género; como si ni aun con todo esto fuese obra corriente y sencilla diseñar y construir la historia completa y fehaciente, la general y las particulares, de la masonería en todas las partes del mundo desde el año 1723, promulgación de la memorable Constitución de

los tres celeberrimos hh. hasta nuestros días [1]; como si por arte de maléfico encantamiento, ó por virtud fatídica de la palabra de esos flamantes historiadores, hubiese quedado abolido, anulado y aniquilado para siempre el valor de otros documentos anteriores, que por esta cualidad de antiguos fueron antojadamente excluidos del cuadro facticio del convencional período histórico, á la manera de los vetustos restos sepultados en las cenizas volcánicas, que se deshacen y se vuelven polvo al contacto del aire; como si la masonería no fuese aquella secta anticristiana y antisocial, sin par ni semejante entre todas las sectas, dotada de singular naturaleza, revestida de maravillosos caracteres; sorprendente por sus transcendentales fines y extraordinarios procedimientos; diabólica, en cierto modo divina, providencial, potentísima, universal, grande, muy grande, como la columbran entre nubes de vanidad y presunción y la cantan ciertos masones de baja estofa, como se la representan otros claramente y la saludan con amor entre siniestros fulgores del infierno; como si un ser tan fenomenal, una creación tan nunca vista, semi-terrena, semi-sobrenatural, debiese estúpidamente confundirse en el vulgar montón de todas las demás agrupaciones de hombres rastreras y mezquinas, ni la órbita de sus movimientos pudiese medirse con instrumentos ordinarios, ni cupiese estudiar su marcha é importantes evoluciones á través de las edades solo á favor de los criterios más ramplo-nes; como si aun supuesta, de ninguna manera concedida, la carencia de esos cacareados monumentos históricos, papeles

(1) Ejemplo de esta deficiencia, ó mejor, de su ignorancia histórica, nos lo da Onclair con su maestro, cuando al comparar las respectivas edades de los diferentes ritos, asegura que la masonería no se manifestó en España hasta después de 1833, siendo así que hasta los niños de escuela tienen noticia de la pragmática prohibitiva de Fernando 6.º en 1751, de las logias de Pepe Botella, de las de Cádiz en la misma época, del favor que á los masones prestaban en los lugares de su accidental residencia los guerreros hijos de San Luis en 1823. ¡Y con la historia en la mano! nos venían argumentando.

manchados con tinta, no se diesen en el mundo, sobre todo en la observación de los cuerpos morales, argumentos proporcionados, morales también, á saber, analogías sacadas por racional inducción, tradiciones, voz común y presentimientos de los pueblos, comparación de ideas, sentimientos y operaciones, plan y encadenamiento natural de los acontecimientos humanos, consideración de causas profundas y generales para efectos constantes y ásimismo generales, contemplación de una providencia altísima descubierta á nuestros ojos por vislumbres y por brillantes golpes de luz; como si, en una palabra, Dios por capricho soberano de repente hubiese convertido nuestra razón en una lente diminuta y defectuosísima para abarcar grandes cuerpos y á todas distancias, y la masonería no fuese lo que es, ni jamás hubiese existido filosofía de la historia, ni quedase rastro de sentido común entre los hombres.

Con esto basta. Con mucha extensión nos hemos ocupado en rechazar esta hipótesis, por ser la que más cuadra al gusto de ciertas gentes, enemigas declaradas de todo lo que no sea mero vulgarismo, al espíritu de superficialidad que sella el carácter propio de la época presente. Bien muerta la dejamos, y nadie la levantará de sus cenizas, si no trae aparejados otros conjuros y artes más poderosas que las usadas por el redactor de la *Civiltá* y el P. Onclair. También con las reflexiones precedentes y las distinciones con que al principio circunscribimos el estado de la cuestión, quedan cerrados los caminos á cualquier efugio, y prevenidas las dificultades del criticismo presuntuoso é impertinente.

Ahora prosigamos en nuestra marcha ascendente.

La otra opinión, rayana con la que acabamos de impugnar, por la vecindad de tiempo en que echa al mundo la masonería,

es la del P. Larudan [1], si es que en realidad la propuso ó quiso defenderla. Cromwell es el fundador. Pone por ley fundamental el secreto; da como fines de la asociación el culto debido á Dios por medio de la fusión de todas las escuelas religiosas aun contrarias entre sí, y la paz de Inglaterra por medio de la más absoluta democracia; nombra dos *vigilantes*, un *secretario*, un *orador* y un *maestro*; inicia á todos los socios con sencilla ceremonia: liga y estrecha á muerte la unión y alianza con solemne juramento. Ramificada la sociedad en todo el ejército, comienza á obrar euérgicamente: primer fruto y tiempo de su iniciativa, Carlos I muerto en el patíbulo (1642); luego el protectorado del Libertador.

Bois [2], leyendista acérrimo, no ve en todo el largo y circunstanciado relato del P. Larudan más que una ingeniosa alegoría y un sagaz vaticinio de la revolución francesa; como si la grande semejanza de las dos revoluciones, la inglesa y la francesa, le autorizase sin más fundamento para tan sentenciosa interpretación, ó le diese pie en el terreno de la formalidad para hacer gala de gracia y agudeza de talento. Tanto más que en aquellas regiones, pobladas todas, al gusto de Mr. Bois, de leyendas, espectros fantásticos y fábulas risueñas, tal vez se encontrase la clave y el motor de una y otra revolución, y de aquí los puntos de semejanza en la predicación de algunas doctrinas, no todas, en la fanática persecución de la Iglesia y en la catástrofe real, bien que tan diversos los preparativos y los medios de ejecución: ¿por qué no? Lo cierto es, sin salir por supuesto de aquel país de las quimeras tan grato á Mr. Bois, que según testimonio de Nicolai, uno de los más graves, copetudos y sabios francmasones, mantenedor entusiasta de los orígenes modernos por más señas, y con él Closs, Mosdorff y Lind-

(1) *Les Franc-Maçons écrasés*, 1747.

(2) *Maçonnerie nouvelle du Grand Orient de France*.—París, 1892.

ner, en las logias inglesas se guarda viva la tradición de la ayuda poderosa dada por la masonería á la revolución de Cromwell. Entre el infundado prejuicio de Mr. Bois, superficial hasta la afectación, y *orientalista*, según malas lenguas, *de la rue Cadet* de París, y la resuelta afirmación de estos cuatro escritores, escoja el lector.

Como quiera, volviendo á nuestro negocio, atentamente considerada la cosa, el P. Larudan, ó Perraud, si este es el genuino autor de la obra acotada, en serio atribuye la paternidad de la secta al Protector [1]; y declara haber recogido todos los pormenores de labios de uno de los grandes maestros, y haber visitado numerosas logias, tanto en Inglaterra como en el continente. Pero refiere, no prueba, ni aparece otro testigo á su favor. Por otra parte, Claudio Janet, al tomo 3º de *Les sociétés secrètes* del P. Deschamps, página 33 en la nota, nos certifica, de que "la creencia más generalmente valida durante todo el siglo XVIII, achacaba á los partidarios de Carlos I, después del crimen de Witehall, la organización de la sociedad en forma política," si son dignos de crédito ciertos documentos. Y en efecto, ¿cómo los masones republicanos por sangre

(1) "Cromwell, dice el autor de *Les Franc-Maçons écrasés*, dió á su orden "el título de *Orden de los Francmasones*, porque su objeto era levantar un "nuevo edificio, esto es, reformar el género humano con el exterminio de "los reyes y las potestades, de quienes el usurpador era el azote. Ahora para ofrecer á sus partidarios una imagen sensible de su idea, les proponía "el restablecimiento del templo de Salomón....." Y se extiende manifestando lo adecuado de la representación para externar y realizar los designios del Protector.

Después de tan formales, perspicuas y terminantes declaraciones y de un lenguaje tan parecido al que más tarde había de usar el P. Lefranc, la estupenda alegoría de Mr. Bois á cualquiera se le hace una licencia algo más que poética y queda uno en la perplejidad de si la fuerza inventiva y atrevimiento del honorable magistrado no toquen al último extremo de tomar figuradamente también la historia sociniana del P. Lefranc, y de hacer pasar por puros mitos ó entes fabulosos á Socino (Fausto) con todos los tios Socinos y la cáfila entera de socinianos.

No gana uno para sustos, ni acaba uno de maravillarse, como en ciertos países, por una especie de incurable neurosis escribiente, se *andalucea* tanto, no de palabra y en el género festivo, sino sobre asuntos serios y en letras de molde.

habrían renegado tan pronto de su padre, pasándose al bando realista y contribuyendo eficazmente, según diz contribuyeron, al restablecimiento del trono en la persona de Carlos 2º? Aunque á estos cambios de frente repentinos é inesperados la masonería nos tiene acostumbrados, pues para ella la conveniencia ó intereses de la secta es suficiente razón, y á esto firme se atiene, consecuente en su inconsecuencia ó perfidia.

Antes de concluir advertiremos á nuestros lectores, que ni siquiera hemos hecho mérito de la *Constitución de los Francmasones* sacada á plaza por los modernistas, por dos sencillas razones: 1ª es testimonio masónico, inútil por lo tanto; 2ª en la misma *Constitución* se ensalza el origen antiguo de la secta.

CAPÍTULO IV

SISTEMA SOCINIANO.—Defensores: Lefranc, Bergier, Feller, Ilmo. Sr. Fava, Ilmo. Ketteler.—Exposición.—Pruebas.—Cont: a un doctor masónico valor y necesidad de la analogía en asuntos masónicos.—Un Antiguo Rosa-Cruz no lerdo y alegre.—Nuestro parecer.

En nuestra escala de abajo para arriba ó para atrás, se ofrece en seguida el origen sociniano. Lo que valga este sistema, propugnado por aguerridos combatientes, no lo hemos de significar nosotros, sino la resultante de las razones aducidas en pro y en contra. Lo formuló y sostuvo por primera vez, que sepamos, el P. Lefranc en 1791, de quien ya dijimos los merecimientos y aureola de mártir. El docto Ilmo. Ketteler, citado por el Ilmo. Dechamps, se declara por él abiertamente, al decir que la masonería actual proviene del deísmo y que con este se dió á conocer en Inglaterra á fines del siglo XVI. El mismo Ilmo. Dechamps, aunque se muestra vacilante entre el origen templario y el sociniano, ó por mejor decir, rehuye tomar partido por ninguno de los dos, con todo á pesar de sus recomendaciones al primero, parece ladearse á favor del segundo. A este, como á puerto seguro, en la tormenta de tanta